

La ciudad de la “ü”

Querido amigo:

Aunque no sé tu nombre y ni siquiera sé cuántos años tendré yo cuando leas esta carta, quería contarte algo que me pasó hace poco, aquí mismo, donde estás ahora. Estamos cerca de Sigüenza, pero esto no tiene sentido que te lo diga porque si has encontrado esta carta quiere decir que estás en el Castillo de Pelegrina. Me llamo Jaime, tengo ocho años y durante una excursión por el río Dulce con mi familia viví una aventura que quiero contarte.

Quizá tu vives en el futuro y allí los niños ya no andan, sino que se deslizan con patinetes por el suelo. Incluso, a lo peor, tenéis insertado un chip en la cabeza y podéis ver el móvil si cerráis los ojos. Eso estaría chulo, aunque supongo que hará daño o te volverás tonto. O a lo mejor no. O a lo mejor disfrutas como yo escuchando pájaros o contando chistes... Sea como sea, esta aventura te va a encantar, vivas en 2024 o en 3024.

Al principio reconozco que me daba pereza eso de levantarme pronto un sábado y caminar sin ir, en realidad, a ningún sitio. Me quejé, claro. Incluso les dije a mis padres que, a cambio de hacer la excursión, quería tres horas de videojuegos extra el domingo. No tuve éxito. Y menos mal, porque en lugar de esas horas te estoy escribiendo esta carta y me lo estoy pasando mucho mejor. Dejamos el coche en Aragosa y comenzamos a caminar. Mi abuela nos dijo que llevaría el coche hasta Pelegrina y, así, no haría falta volver. Yo creo que lo que no quería hacer era ese camino tan largo.

Al principio todo era normal. El camino era bonito y veíamos el río casi siempre, incluso había una cascada. Mi madre imitaba a los mirlos silbando y yo también lo hice pensando que me contestarían. Pero más bien los mirlos se debieron preguntar quién era ese bicho tan feo que cantaba tan mal y, además, ¡ni siquiera volaba!

Sí, lo confieso. Estaba a punto de comenzar a llorar y a decir que quería irme a mi casita calentito cuando, en un puente, descubrí un papel metido entre las piedras. Estaba a la altura de mis ojos, por eso lo pude ver, porque mi hermana, que es mayor que yo, pasó muy cerca y no se dio cuenta. El papel estaba bastante pegado a las piedras y muy dentro. Metí la mano dentro de las piedras y lo pude sacar. Estaba escrito con una letra bonita y clara:

“...Si quieres encontrarme tendrás que buscar la siguiente pista en la cruz de la entrada de la Trinidad. Si lees, lo pasaremos bien...”

No creas que fui rápidamente con mis padres a contarles lo que había encontrado. Mientras ellos comían algo, yo releí varias veces el papel. Era raro. El papel estaba amarillento y se notaba que se había mojado y secado muchas veces, pero aún se podía leer bien. Parecía la letra de un niño. Hacía las “pes”, las “bes” y las “jotas” como las hacía yo y por eso lo pude leer fácilmente. Después de un rato se lo enseñé a mi madre... Quedó tan alucinada como yo y se lo dijo a mi padre, que se había ido, supongo que a...

Todos nos pusimos en marcha. Teníamos que llegar a Pelegrina cuanto antes para desvelar aquel misterio. Si te digo que volamos quizás no lo entiendas porque quizá tu ya vuelas literalmente en tu futuro, pero desde luego fuimos muy rápido. Adelantábamos a otras familias que miraban las plantas y el paisaje. Yo tenía que llegar a la Trinidad... Pero claro... ¿qué era la Trinidad? Nadie me supo responder. Durante el camino pensaba qué significaría aquello del final. Claro que me gustaba leer, pero de ahí a pasarlo bien leyendo... pues... a veces. Bueno, algunas... Bueno, pocas veces... Es que los libros que me dan en el cole son un poco rollo.

Mientras pensaba en aquello, mi hermana dijo que habíamos llegado al siguiente pueblo, Pelegrina. Era el final del trayecto. Mi abuela nos esperaba con el coche allí, pero no nos

podíamos ir con aquel misterio entre manos. Al llegar al pueblo le pregunté a una señora mayor sobre la Trinidad. Y me dijo que cuál, la de Dios o la de la Iglesia. ¡Claro! ¡Era una iglesia! Llegamos casi corriendo. Parecía cerrada y ¡las cruces están dentro! Todo estaba perdido. Mi padre llamó a la puerta muchas veces, pero nadie contestó. La misma señora de antes nos dijo que no había cura en el pueblo, que venía de Sigüenza los días de misa. Era el final de la historia. Pegué mi cabeza a la pared junto a la puerta y me hice daño con la piedra. Mi hermana se reía sentada en un banco justo al otro lado de la entrada, pero de pronto cambió su risa por una gran boca de “o” mientras me señalaba con el dedo. La cruz... ¡la cruz en la entrada! Había un hueco tras la cruz, pero nadie podía meter la mano allí. Excepto yo. Con mis dedos de pianista (es que toco el piano ¿sabes?) conseguí tocar algo rugoso. Estaba muy dentro, pero poco a poco lo fui sacando. ¡Era nuestro! Lo abrí con tanta ansia que se rompió una parte. ¡Era la misma letra, sí!

“...En el Castillo, bajo la ojiva, tantas piedras como letras tiene el mismo...”

Castillo, ojiva, piedras... Esto se complicaba demasiado. Pero todos nos pusimos a buscar la ojiva. Mi madre, que estudió Historia del Arte, me dijo que buscásemos un arco ojival, es decir, con punta arriba. La verdad es que el castillo estaba en ruinas, pero había un arco completo. La siguiente parte tenía que ver con contar letras. ¡Claro! Había que contar las letras de CASTILLO. ¡Ocho! Ocho piedras desde abajo. Probamos primero en el lado derecho, pero no había octava piedra, se había caído. Intentamos en el lado izquierdo. Otra vez igual. Un espacio tan estrecho que solo las manos de un niño como yo podrían entrar. ¡Sí! ¡Allí estaba! ¡Otro papel!

“...Tantas letras como tienen los que moldean el metal, que es la calle de la ciudad de la ü y donde te espera tu premio...”

Bajamos por el camino del castillo corriendo como poseídos por el dios de la aventura.

- ¡Abuela, arranca el coche! Bruuuuummm.
- Pero ¿dónde vamos? La ciudad de la “ü”... ¡Sigüenza, claro!

Pusimos de inmediato el GPS con dirección a la calle... ¿de los que moldean el metal? ¿Otro acertijo? ¿En serio? Fue mi abuela la que nos aclaró el problema. Los que moldean el metal son los herreros. Y sí, querido amigo, HERREROS, aunque no te lo puedas creer... ¡también tenía ocho letras! GPS: Calle de los Herreros, 8, Sigüenza. La ruta era corta y llegamos muy rápido. Frente a la puerta no cabían dudas. Yo, Jaime, ocho años, tres papeles y un reto superado. Llamamos a la puerta y un hombre muy mayor nos abrió. Yo esperaba ver a su nieto, pero cuando aquel hombre vio las tres pistas en mis manos se emocionó tanto que se le saltaron las lágrimas. Entramos en su casa y nos dijo que tenía 84 años y que en 1948 había puesto aquellas pistas porque quería tener a alguien con quien compartir su colección de libros de aventuras. Y allí estaba yo, 76 años después. Me regaló aquella colección de libros y quedamos en que cada año iríamos a verle y hablar sobre aquellos libros que tanto amaba.

Querido amigo. Hoy acabo de poner esta carta en el punto de partida. Tienes otras pistas, pero si descubres la primera y lees... lo pasaremos bien.